

LAS NAYADES DEL TORMES.

La sierra de Gredos es uno de tantos lugares como existen en nuestra España a cuyo regazo puede el hombre recogerse en la ensoñación. La soledad de las cumbres que nos acercan al cielo infinito de Castilla propicia el ensimismamiento y el diálogo con las figuras que habitan los rincones del alma inconsciente. Desde esas montañas lanzó Unamuno aquel grito suyo tan lúcido: "¡No es tu reino, oh mi Patria, de este mundo!". Allá arriba siempre sopla el viento y el corazón y el cerebro se olean de pesares. Con ser difícil subir, lo es aún más bajar, no por cansancio de piernas sino por rebeldía del ánimo que se aferra a las rocas y a las raíces de los piornos y los brezos como si tuviera manos. Sin embargo, hay que recoger el ánimo desparramado y empezar el descenso.

Bajaba yo una tarde por la ladera norte y queriendo apurar las horas de pisar la sierra me detuve a orillas de la Fuente Tormella, a más de mil metros sobre el nivel de la meseta. Brotaba el agua del hontanar con esa canción inefable de los manantiales que han intentado en vano reproducir los mejores músicos y a la que sólo algunos como Falla, Respighi o Smétana han conseguido acaso aproximarse. La canción del agua, el sol del atardecer y la fatiga de una jornada de montaña se concitaron para hacerme dormir o, al menos, eso he supuesto luego.

A dos pasos de mí, con el cuerpo sumido en un ensanche del regato, estaban dos mujeres jóvenes, de bellísimo rostro y carne traslúcida como el agua que las envolvía. Tenían los ojos fijos en mí y yo clavé los míos en sus figuras. No sentí ninguna extrañeza; es sabido que en los sueños nada nos extraña por más que luego al despertar evoquemos lo soñado como fabuloso, disparatado o tétrico; en el soñar todo es natural y la realidad, la razón y la lógica pierden su imperio que nos atenaza despiertos.

Tras sostener su mirada un rato me decidí a preguntarles quiénes eran, pues ellas no iniciaban la conversación.

- Somos Floragua y Lloramar, náyades del Tormes. Y tú un viajero que va a Salamanca. Si deseas compañía te brindamos la nuestra. Al fin, este río va también a Salamanca, es nuestro hogar y podemos, por el camino, hablarte de lo que guardan sus aguas. A ti te gusta el pasado y de eso hay mucho; así tendrás algo que contar a los que te esperan allá abajo.

La idea me tentó, y más surgida de aquellos seres de oscilante y sugeridor perfil. Estuve, sin embargo, por decirles que el río en su continuo fluir bien pocas cosas puede guardar siendo como es arquetipo de lo pasajero y efímero de la existencia. Pero ellas, adivinando sin duda mi objeción, se adelantaron a responderme.

- El río fluye en lo que tiene de materia, pero conserva las imágenes que se han reflejado en su agua, el eco de las palabras pronunciadas en su orilla y hasta el rebullir de pensamientos que en sus riberas o en su vega acometieron el espíritu de hombres y mujeres. Todo eso está aquí, bien lo sabemos nosotras que nos encargamos de su custodia: es el tesoro que un río acumula durante siglos de ser mudo testigo y amable confidente de la Historia con mayúscula y de las pequeñas historias humanas que nutren y hacen grande a la otra. ¿Vamos, pues, viajero? Hay un largo camino por recorrer.

- Adelante -dije -, sed mis compañeras, pero no os alarguéis demasiado en el relato porque sólo tengo diez minutos.

- Entonces tendremos que abreviar -dijo Floragua-, de modo que iremos dando saltos y por fuerza nos dejaremos entre uno y otro muchos detalles jugosos. ¡En pie! La primera zancada nos lleva hasta Alba donde las aguas ya corren tranquilas. Esta villa de tantas torres conventuales y palaciegas te habla, viajero, de dos formas españolas de entender la inmortalidad, muy distintas en apariencia pero que no lo son tanto si escarbamos en sus cimientos. Casi de forma simultánea andaban por aquí Don Fernando Alvarez de Toledo, el Gran Duque, reposando tras conquistar cien castillos para el Católico rey de España, y Teresa de Jesús que había conquistado para otro rey más alto el castillo interior del espíritu. La espada y

la cruz tienen una forma parecida y, ya ves, en este mismo rincón unos la agarran por la base para alcanzar el éxtasis místico y otros por la empuñadura; ambos son hijos inequívocos de esta España que con la cruz a cuestas y la espada al cinto extendió el nombre de Cristo por la redondez del mundo.

» Ahora mira a tu izquierda -me susurró Lloramar-; aquellas alturas son los Arapiles. En el Arapil mayor vivía una joven mora que tenía amores ocultos con un mozo del otro lado del río y utilizaban para reunirse un pasadizo que cruza por debajo nuestro lecho. El agua del Tormes les daba cobijo y guarda y al pasar por encima de sus cabezas acallaba el rumor para no turbar sus amorosos coloquios. Muchas gentes han buscado luego las entradas a ese corredor sin encontrarlas jamás. Si alguna vez vuelven a existir un hombre y una mujer como aquellos jóvenes moros nosotras sabremos desvelarles el secreto.

» Pero esos Arapiles no han conocido sólo historias de amor. También asistieron, como nosotras, a una violentísima batalla que aquí libraron las tropas españolas, portuguesas e inglesas del Duque de Wellington contra los franceses de Napoleón. El aire se ensombreció del humo de la pólvora y se colmó de gritos, de arengas y de gemidos; la tierra, bataneada por los cascos de los caballos y las botas de los soldados, se tiñó de sangre y también nuestras aguas se volvieron rojas por varios días. Muchos ríos de España, a juzgar por la sangre que ha corrido por sus cauces, se diría que más que ríos son venas y arterias del cuerpo sufriente y desgarrado de tu Patria.

Floragua y Lloramar parecían multiplicar su imagen en los rizos que la tenue brisa formaba sobre la superficie del agua al resol de mediodía. De pronto, junto al de las náyades apareció el reflejo dorado de Salamanca que como una mujer coqueta, segura de su hermosura, gusta de mirarse en cada espejo que le sale al paso. Hacía calor, al menos para un humano como yo, y mis acompañantes aceptaron buscar el amparo umbroso del puente romano que, dijeron, era el mejor observatorio para ver pasar junto a nosotros las figuras de que me iban a dar seguida cuenta.

- En estos tajamares venía a fijar su mirada soñadora Don Miguel de Unamuno, pensando en la inmortalidad, en lo eterno que él deseaba para su mismidad. ¡Cuántas veces tuvimos con el gran Don Miguel charlas que se habrían hecho interminables porque su curiosidad era infinita y le gustaba retorcer los argumentos y darles la vuelta cuando ya parecían agotados! Nosotras hemos sido testigos aquí mismo y allá en Gredos, donde te recogimos, de las pocas veces que a Don Miguel, el fuerte, el enérgico filósofo, el audaz novelista y dramaturgo, melancólico poeta y acerado conversador, se le llenaron los ojos de lágrimas cuando le estallaban alma, cerebro y corazón de experiencias, que nos atrevemos a llamar místicas, al contacto con la naturaleza.

» Pero mira, mira, hablando de misticismo, por ahí baja Fray Luis de León con los ojos vueltos al cielo que no ven el suelo que pisa si es que no va levitando. Y aquel otro es Ignacio de Loyola, estudiante en la Universidad, con el entrecejo fruncido por algún pensamiento que lo tiene ahora alejado de aquí. Si tuvieras algo más de tiempo, amigo viajero, te juntaríamos a los tres para que hablaseis largo y tendido de esos otros mundos a los que también a ti se te escapa con frecuencia el alma soñadora.

» Esta Universidad salmantina parece proclive a lanzar a sus discípulos a conquistar mundos lejanos: tanto como el cielo de Ignacio o de Fray Luis o el de ese Cisneros que pasa allá arriba leyendo ensimismado un viejo libro; o como los más terrenos que esperan a ese muchachuelo de ropas raídas que ahora se asoma por el lado del vierteaguas: se llama Hernán Cortés y no es menos soñador que cualquiera de los otros aunque su reino está más acá. Ya ves en qué buen sitio nos hemos colocado y si estas aguas guardan o no recuerdos e imágenes.

» Y otra virtud tiene este camino de ensueño por el que vamos y es que en él pasean también otras figuras que no tuvieron corporeidad más que en la imaginación de los artistas y cuya silueta cambia en la de cada uno de sus lectores, de modo que no teniendo cara y cuerpo los tienen a centenares y así ahora tú los verás como se te aparecieron cuando vivías en los libros sus aventuras.

» El primero que ya viene hacia aquí es Lázaro de Tormes guiando al ciego a las limosnas de la catedral vieja o a echar pronósticos a las preñadas, y mira cómo se le conoce el trato que le da el amo en que lleva el pobre la cabeza llena de tolondrones y peladuras. En esta misma puente le dio el ciego su primera lección estampándole la cara contra esa figura de piedra del pretil.

- ¿Y quién es aquél, de semblante tan triste y pálido que no parece sino que acaba de ver a la muerte?- pregunté a Floragua.

- Ése es Don Félix de Montemar, a quien llaman los libros "el estudiante de Salamanca", y, en efecto, si aún no ha visto a la muerte la va a contemplar enseguida en su misma figura pues pronto verá pasar su propio entierro y luego el espectro de Doña Elvira de Pastrana a la que burló y que murió de esa pena. Se dice que el mismo diablo anda por Salamanca para llevarse a Montemar a los infiernos.

No pude reprimir un escalofrío que me cruzó la espalda recontándome las costillas y cada hueso mientras Lloramar y Floragua clavaban en mí una mirada burlona.

- No te asustes, viajero amigo -me espetó una de ellas-, y mira a la orilla del río que aquel hombre que camina como si fuera pisando huevos, como si a cada paso se fuera a romper, es Tomás Rodaja, el "licenciado vidriera", que está convencido de que por los hechizos que le administró una hermosa para enamorarle, es todo de cristal y hasta duerme sobre pajas y no deja que nadie le toque ni aun le hable muy en alto.

No había finalizado su explicación cuando las campanas de cincuenta iglesias y de cincuenta conventos comenzaron a desgranar un estremecedor toque funeral. Todo el bronce de la ciudad se hacía acompasado lamento y quien lo oyese por fuerza sentiría su ánimo transido de congoja. Floragua se adelantó una vez más a mis pensamientos.

- Es que hoy es cuatro de octubre y acaba de morir en Salamanca, dicen que consumido por el fuego amoroso, el Príncipe Don Juan, heredero de las

coronas de Castilla y Aragón, y con su muerte se ciega la mayor esperanza de sus padres y de estos reinos. Pero en España nunca se ha cerrado una puerta sin que se abra casi de inmediato otra distinta. Dios dirá lo que convenga.

En esto me di cuenta de que el tiempo se me terminaba y dije a mis vaporosas guías que me era fuerza dejarlas. Lloramar se apartó de las piedras mohosas del puente que hasta ese momento teñían su transparencia de verde oscuro y repuso:

- Es cierto que el tiempo se acaba, y has llegado ya a tu destino, pero nos gustaría apurar hasta el extremo de la condescendencia el tiempo concedido para hacer contigo un alcance hasta el final de nuestro río. No tardamos nada.

» Ahora cruzamos muy deprisa por tierras donde las aceñas se llevan algo de nuestro agua para regar los campos y puedes ver también, salpicándose aquí y allá, las delineadas siluetas de los cigoñales que extraen más agua de los pozos. En esta dehesa, en aquel soto, pastan las toradas bravas como también en otros lugares de nuestro recorrido; las reses negras, pletóricas de fuerza, del animal totémico de tu Patria, bajan hasta nuestras aguas para calmar los ardores de su bravura.

» Y ahí está Ledesma, señorío de Don Beltrán de la Cueva cuya paternidad anduvo en todas las lenguas. Él nos confesó la verdad llorando pero prometimos guardar el secreto. Además, sea cual fuese la realidad, la historia transcurrió en un solo sentido y mudarlo es imposible y tampoco fuera bueno. Este Don Beltrán penó de amores y de lealtades y unos y otras desgarraron en jirones su alma. Él quiso callar y nosotras celaremos su dolor y su misterio.

» Y por fin, allá lejos, al otro extremo de este pantano de la Almendra, puedes ver a Fermoselle; en su magnífico castillo, del que hoy apenas quedan enhiestos un cubo y dos lienzos, tuvieron su último y ya desesperado refugio los comuneros de Castilla con sus jefes derrotados en Villalar por el César Carlos.

» Al poco trecho nuestras aguas se entregan al Duero, feudo de las náyades Fluvia y Ribera que en un santiamén viajan desde Urbión hasta el océano. Junto a

los arribes del Duero finaliza nuestro reino; no nos está permitido pasar más allá. Esto es todo, viajero, se acabó el tiempo, que no la historia. Regresamos a la Fuente Tormella a buscar a algún otro soñador que guste de nuestra compañía.

Floragua y Lloramar se marcharon entre un revuelo de sus acuosas vestiduras y un salpicar de gotas irisadas. Entonces me desperté, o creí hacerlo. Tenía entre mis manos una carta de nuestra amiga y colega Begoña Suquía pidiéndome el título de mi comunicación. Del contenido, me dije, no estoy seguro, pero el título está cantado: "Las náyades del Tormes".

José Ignacio de Arana Amurrio.

**VIII REUNION NACIONAL DE LA ASOCIACION ESPAÑOLA DE MÉDICOS
ESCRITORES Y ARTISTAS. SALAMANCA 4-5 OCTUBRE, 1991.**